

Cuadernos del Sur

Año 14 - Nº 26

Abril de 1998

Tierra  fuego
del

“Toda la Historia, hasta el presente...”

Eduardo Grüner

El *Manifiesto Comunista* (en adelante, MC) es un texto que pertenece a un género político-literario perfectamente delimitado, codificado y con reglas precisas: el *panfleto*.

Género injustamente denostado y menospreciado por los historiadores de la cultura o los críticos literarios: algunos ensayos bellamente escritos y rigurosamente estructurados son decididos panfletos (piénsese, por no ir más lejos, en el *J'accuse* de Zola, o entre nosotros, en el *Facundo* de Sarmiento); lo mismo sucede con la poesía (desde Victor Hugo hasta Neruda, pasando por la extraordinaria poesía militante de un Maiacovsky), el cine (desde Eisenstein hasta *Novocento* de Bertolucci o los últimos *films* de Ken Loach, pasando por joyas panfletarias como *Los Compañeros*, *La Batalla de Argelia*, *Morir en Madrid*), la pintura (¿no es un panfleto el *Guernica* de Picasso?), por supuesto la novela y el teatro (Brecht, Sartre, Peter Weiss, Malraux y un largo etcétera sólo en el siglo XX), y aún la música (hay quien toma como panfleto incluso a la *Heroica* de Beethoven o la *Polonesa* de Chopin).

En suma: la pertenencia al géne-

ro panfletario no tiene por qué ir en desmedro de la calidad estética, del rigor argumentativo, y hasta de la «seriedad» científica, siempre que el texto sea juzgado en los términos estilísticos, retóricos y temáticos que corresponden a las leyes del género. Quiero decir: denigrar un panfleto porque no respeta las reglas del tratado filosófico o científico es desplazar interesadamente la cuestión. Para nuestro caso: despreciar el MC porque no es *El Capital* es hacer trampa. Trampa, entendámonos, intencionadamente *ideológica* y con un estricto contenido *político* la intención es demostrar que hay, como si dijéramos, *dos marxismos* perfectamente diferenciados, uno de los cuales (el del *Capital*, digamos) es una «ciencia» que merece ser estudiada en las cátedras universitarias y los asépticos gabinetes académicos y allí refutada o no (este es, por lo tanto, un *objeto* de estudio perfectamente neutral y despolitizado), y otro marxismo –el del MC, digamos– que es mera «propaganda de partido», pura publicidad o retórica persuasiva, apresurada diatriba de barricada que *no tiene nada que ver* con las complejas abstracciones de la «ciencia». La consecuencia política –y, diríamos, la

opción existencial que se ofrece a los intelectuales— es transparente: olvidémonos del griterío que sólo sirve para agitar a las masas incul-tas, y refugiémonos en nuestras bi-bliotecas para transitar con pacien-cia los áridos vericuetos de la teoría del valor o de la tendencia decre-ciente de la tasa de ganancia; cosas por las que, ya se sabe, nadie ha sa-lido a la calle a combatir.

Lamentablemente para esta pers-pectiva que el propio Marx hubiera tildado de «filistea», las cosas no son tan sencillas. La «filosofía de la *praxis* « de la cual hablaba Gramsci no puede ser descompuesta ni «decons-truída» en sus partes *teóricas* y sus aplicaciones *prácticas*, que confor-man una unidad dialéctica (una «sín-tesis compleja de determinaciones múltiples»): casualmente esta es la *diferencia específica* del materialismo histórico con cualquier otra teoría o *Weltanschauung* totalizadora; es lo que hace que el materialismo his-tórico *no sea* otra teoría económica o política, otra historiografía u otra sociología, sino que (al igual que el psicoanálisis freudiano, que *no es* otra psicología u otra filosofía) inau-gure, como diría Foucault, un hori-zonte de discurso completamente nuevo: discurso que incluye su *propia práctica* como condición de po-sibilidad enunciativa, y práctica de transformación que implica su *autorreflexión teórica* como articula-ción «científica» de la acción.

Este es el mal llamado «método» de Marx («mal llamado», porque no se trata, tampoco, de un mero méto-do de análisis de la «realidad» pre-existente, sino que, en cierto senti-do, *produce* la realidad al intervenir en el mundo con su *praxis*). Está cla-ro que, por su propia naturaleza, no es un método acabado, cerrado de una vez para siempre: supone la transformación permanente de sus propias *condiciones de producción*, y es por ello que mientras exista el mun-do que lo ha hecho posible como su propio límite dialéctico (mientras exista el capitalismo, en una palabra) seguirá siendo «el horizonte insupe-rable de nuestra época» (Sartre).

Y bien: este «método» está ya *to-talmente en funcionamiento* (poco importa sin con plena conciencia o no) en el MC, en ese «panfleto» que parece tan «simplificado», tan aleja-do de la complejidad teórica de los *Grundrisse*, del *Capital*, de las *Teo-rías de la Plusvalía*. Si por un lado podrían mostrarse pasajes enteros de cualquiera de esos arduos «trata-dos» que contienen un aliento épi-co y propagandístico comparable con el más violento estilo «panfle-tario» (reléase en esta perspectiva, por ejemplo, el famoso Capítulo XXIV del *Capital*), por el otro po-drían señalarse brevísimas frases del MC en las que está contenida —como potencial matriz o como conden-sación metafórica— *toda la teoría del materialismo histórica*.

Tómese, sin ir más lejos, la que posiblemente sea la frase más célebre (y más discutida, más cuestionada, más denostada) del MC: «La historia de todas las sociedades hasta aquí existentes es la historia de la lucha de clases». Se sabe cuáles han sido las críticas –presuntamente demoledoras– a que ha sido sometida esta frase, con frecuencia desde adentro mismo del pensamiento marxista o de izquierda en general: que representa una ilusión retrospectiva por la cual Marx y Engels proyectan hacia el pasado histórico su análisis de las formaciones sociales *capitalistas modernas*; que el mismo término «clase» está utilizado a la ligera y sin rigor, ya que antes del capitalismo *no hay* «clases» en el sentido estrictamente marxista del concepto, puesto que las distintas formas de «coacción extraeconómica» (política, jurídica, ideológica, etcétera) constituyen divisiones en castas, estamentos o *Stände*, pero no en clases; que, aún pasando por alto estos «errores», existen –y hoy más que nunca, con la proliferación y el estallido de los «movimientos sociales»– múltiples formas de lucha social que no pueden reducirse a su determinación clasista; que en la actualidad, por lo tanto, esa frase no es válida ni siquiera para el capitalismo, y *via dicendo*.

Bien, es probable que estas críticas contengan una parte importante de verdad. Podrían caer fácilmente

en la tentación de «disculpar» a Marx y Engels de estos errores, argumentando justamente que el MC es un «panfleto» dirigido no a los estudiosos de la historia sino a los sencillos proletarios a los que es necesario movilizar en un idioma que puedan comprender rápidamente. Pero esto sería perder de vista lo esencial. A saber: sería perder de vista que –contra todo lo que alegan las diferentes versiones de una ideología «postmoderna» que pretende incluir al marxismo en el conjunto de los supuestamente superados «grandes relatos» de la Modernidad o la Ilustración– el materialismo histórico, todo él contenido en esta frase, no tiene absolutamente nada que ver con la imagen de una historia homogénea, teleológica y conducente al Progreso y la Felicidad Humana que es la propia del Iluminismo y de su hijo bastardo del siglo XIX, el evolucionismo positivista. En efecto: más allá del debate sobre si el término «clases» es el técnicamente más correcto (debate necesario, no es cuestión de negarlo), el acento de la frase está puesto en el concepto de *lucha*. La imagen que construye el MC, la imagen fundante del materialismo histórico como tal, es una imagen trágica: la de una sociedad dividida, fracturada, la de una «falsa totalidad» (para utilizar la expresión de Adorno) que no cierra, pese a las apariencias de globalidad armónica y coherente que trata de imprimirle

la ideología dominante. Que no cierre, porque aquella misma «clase» de los productores explotados que permite su funcionamiento (llámense esclavos, campesinos, siervos de la gleba o modernos proletarios) son el síntoma irreconciliable que atenta contra el imaginario¹ de la armonía. Son la parte que al mismo tiempo hace que el Todo funcione como tal y que nunca pueda funcionar completamente, son, en breve, lo que hace que (para citar otra frase famosa del MC) «todo lo sólido se disuelva en el aire». Es en este sentido que un Lacan ha podido decir, enigmáticamente, que Marx «inventó» la teoría psicoanalítica del síntoma: porque este resto inasimilable, este productor de un excedente (material, pero también simbólico) es el que construye la «personalidad» imaginaria de las sociedades, pero también el que constituye su insoluble contradicción, su «neurosis», su «malestar en la cultura».

Podríamos ir todavía más lejos por esta vía. Podríamos decir: si toda la historia hasta el presente es la historia de la lucha de clases, entonces la lucha de clases, en cierto sentido, está fuera de la historia, puesto que es la condición de que haya historia, es su «motor». Esto es lo que la ideología (de la clase) dominante no podría nunca admitir: que ese conflicto, ese quiebre, esa crisis, no sea «pasajera» sino constitutiva de la sociedad y de la historia como tales.

De la misma manera, para proseguir la analogía, que el «Yo» consciente del neurótico no puede admitir que sus malestares y sus sufrimientos son el producto del conflicto permanente que se libra en la «otra escena» de su Inconsciente: la lucha de clases –para decirlo con Jameson– es el inconsciente político de la historia. «Hacer consciente lo inconsciente» –esa canónica consigna freudiana– es, pues, la finalidad última del «panfleto» que representa el MC. Desde luego que para cumplir esa finalidad no basta con su enunciado: es necesaria la práctica que el enunciado enuncia. Pero lo que el enunciado ya denuncia es lo que puede encontrarse desarrollado «científicamente» en los tres gruesos volúmenes de *El capital*: que no hay historia (ni sociedad, ni economía, ni, incluso, pensamiento) que no esté de alguna manera atravesada por ese desgarrón profundo en el orden espeso del universo. Todo lo demás que puede encontrarse en ella, incluidos los «movimientos sociales», las «identidades múltiples» o las «microfísicas del poder» que hoy están tan de moda, son de una u otra manera una consecuencia de esa fractura originaria. Pretender que eso ha sido «superado» (en un mundo como el que nos toca vivir hoy, nada menos) es lisa y llana justificación de –y complicidad con– la barbarie que en la actualidad se disfraza tras las máscaras amables y

tranquilizadoras del «fin de la historia» o de la «globalización».

En una palabra: la historia (o mejor, para ser consecuentes con Marx, la prehistoria) de la humanidad sigue siendo la de la lucha de clases. Y si un «mensaje» queda vigente del panfleto que hace ciento cincuenta años nos reveló este secreto insopor-

table pero a esta altura inocultable, es este: la historia es un campo de batalla con el cual se pueden hacer muchas cosas, incluso intentar huir de él; pero al cual no se puede ingresar impunemente.

Buenos Aires, marzo 1998.

Des-revisando a Marx, 150 años después

Boris Kagarlitsky

Después de los acontecimientos de 1989-1991 del socialismo marxista, que quince o veinte años antes parecía una fuerza real, se convirtió de nuevo en un fantasma. Intentos constantes, que comprometen los esfuerzos de exorcistas profesionales, han sido hechos desde entonces para dejar descansar finalmente a Marx. Pero el fantasma no ha partido.

Jacques Derrida, en su controvertido libro *Espectros de Marx*, aconseja a sus lectores a retomar el *Manifiesto Comunista*, escrito en 1848. “Hoy, casi un siglo y medio más tarde, hay algunos que, a lo largo del mundo, parecen estar absolutamente convencidos de que lo que uno está abordando es sólo un espectro

sin cuerpo, sin realidad presente, sin actualidad o efectividad, pero en este momento se supone un espectro pasado. Fue sólo un espectro, una ilusión, una aparición, o un fantasma: esto es lo que uno oye en todas partes hoy (‘Horacio dice que esto no es sino nuestra Fantasía, / y no queremos dejar a la creencia asirse a ella’). Una aún preocupada señal de alivio: asegurémonos de que en el futuro no vuelva! Al final, el espectro es el futuro, está siempre por venir, se presenta a sí mismo como algo que puede venir o volver; en el futuro, los llamados poderes de la vieja Europa en el siglo pasado no pueden encarnarse a sí mismos, ni en público ni en secreto. En el futuro, oímos en todas partes hoy, no puede reencarnarse a sí